

A orillas del Bahana

...every man is desirous of what is good for him, and shuns what is evil.... and this he doth, by a certain impulsion of nature,...

Thomas Hobbes

(...todo hombre desea lo que le resulta bueno, y rechaza lo malo...y esto hace por cierto impulso de la naturaleza)

I

ESTACIÓN DE LLUVIAS

1

Me agazapé entre la espesura y espíe como solo puede hacerlo un perseguido: el calvero, parches de tierra y pastos pisoteados, y detrás el *shabono*¹, del que subían tres espirales de humo; y detrás aún más selva, toda la selva. Ni una brizna se movía. Pensé en esos hombres que no eran como yo, que no conocían un hombre como yo. Pero no me quedaba otra carta. Verifiqué la escopeta, tragué saliva y salí al sol de muerte.

Avancé cauto. El polvo y los pastos amortiguaban mis pisadas. Una gota de sudor me escoció en un ojo: me restregué con un dedo, que rápido devolví al gatillo. Amartillé. A cada paso al descubierto parecía que el descampado se alargaba un paso más. Me detuve, acomodé el sombrero, fijé la vista en la entrada y avivé la marcha.

Me paró un olor que era múltiples olores: a humo, a carne quemada, a fruta rancia, a heces; olor a humano. Sentí náuseas, que contuvo el miedo.

Apreté unos trancos y quedé en suspenso ante la entrada: la plaza estaba desierta; los fuegos, desatendidos; un cráneo de tapir adornaba un poste; unas gallinas picoteaban aquí y allá; y bajo el techo sólo penumbra. Aspiré hondo y entré hasta el centro del recinto. Tres perros a los que se podía contar las costillas me ladraron desde lejos.

En los fondos de la penumbra distinguí unos bultos. Se movían despacio, o no se movían. Uno de ellos fue tomando forma hasta que salió a la luz y se hizo hombre, el pene atado hacia arriba con un hilo alrededor de la cintura, una cola de mono alrededor de la cabeza. Estaba desarmado. Ni se movió ni habló, pero como a una orden suya surgieron otros hombres, y arcos y flechas y garrotes. Ojeé a un lado y a otro, me giré. Me habían rodeado. La desnudez aumentaba la amenaza de las armas. Ensayé una sonrisa y a modo de saludo alcé una mano que no quería alzarse. A mi derecha lloró un niño; me volví, me saqué el sombrero, incliné la cabeza. Ni una palabra ni un gesto me respondieron; sólo miradas. Hasta que estalló un grito y detrás cientos. Empecé a arrepentirme de estar allí, de haber varado la lancha tan lejos, de tener una sola escopeta y sólo dos manos. El griterío cedió y quedó un murmullo que comenzó a cerrarse sobre mí. Se paró a una decena de metros, todo ojos, puntas de flechas. Tragué saliva, sonreí como pude, repetí el saludo.

Un hombre de movimientos simiescos y mocos que le colgaban hasta la boca se impuso a la turba. No entendí su lengua, pero sí la dureza de sus gestos. Hubo otro grito, y luego un zumbido que crecía y un golpeteo de flechas contra arcos. Observé los rostros de plumas o patas de pájaro en las orejas: retrocedí unos pasos. Zumbido y golpeteo cesaron. Las manos montaron las flechas; me supe, y me sentí, mortal. El tiempo se detuvo; esperé sin saber que esperaba.

De entre el tumulto se abrió paso el hombre desarmado. Me examinó con desprecio de arriba abajo y puso en la mía una mirada que no temblaba. Alzó un brazo y con él la voz. No entendí ni palabra. Hizo un ademán con la mano; simulé no comprender, como si la incomprensión avalara mi inocencia de cualquier cargo que se me imputara. Repitió el gesto, esta vez extendiendo un brazo inapelable. Me echaba. Cuando ya había andado unos pasos en dirección a la salida, me alcanzó y a zancadas me guió fuera del recinto.

Cruzamos el descampado caliente y la plantación elemental; anduvimos una senda y se paró en un claro. Gritó en su lengua, revolvió los ojos, agitó manos y brazos: me autorizaba, o conminaba, a quedarme allí. Dejé mochila y escopeta en el suelo y repetí mi sonrisa. Un tucán gorjeó y percibí el silencio; el hombre también. Se llevó la mano al pecho y con claridad pronunció la primera palabra que aprendí a orillas del

¹ “shabono” o “shapono”: macro vivienda circular de uso multifamiliar con techo oblicuo de ramas y palmas sostenido sobre postes; como puerta tiene una ancha abertura, que de noche es obstruida con ramas; en el centro hay una gran plaza a cielo abierto en la que se desarrolla la vida social (N. del E.).

Bahana²: “Kaotawë”; en el gesto comprendí su nombre. Con claridad dije el mío, Toni, que repitió y repitió a la vez que forzaba una risa que semejaba un relincho.

Desde entonces habrán pasado casi dos años (no tengo calendario; mi reloj se estropeó en el río hace mucho tiempo), y ésta en que empiezo a escribir es mi segunda estación de lluvias en esta tierra. En el lugar que me indicó Kaotawë, no sin esfuerzo y espoleado por la voluntad de vivir, construí mi choza, palos, ramas y una puerta de cañas; Rutema, su mujer, me enseñó a entrelazar las palmas que conforman el techo. Por necesidad vivo cerca de ellos, que me hacen sentir normal. He aprendido su lengua, aunque de vez en cuando, según el hablante, especialmente los niños, todavía encuentro algunas dificultades de comprensión; también he aprendido a comer como ellos, a preparar los frutos y las carnes que da la selva; a pedir, a recibir, y a dar; y sobre todo a sobrevivir, incluso del jaguar y de la *aroami*³. Aunque no puedo decir que por momentos, a veces días enteros, quizás semanas, no ansío regresar con los míos, me sostiene la fe en que jamás me hallarán los que me buscan: este rincón del mundo que llaman *Kakuruwë-teri*, a orillas de un río que llaman Bahana, remontando otro río que ellos llaman Mahekodo y nosotros Orinoco, está mucho más allá de las ciudades y sus ferrocarriles, de las terminales aéreas y sus aduanas, de los puertos y sus mares, de las selvas, las montañas, los ríos: porque está mucho más allá de nuestra imaginación. Esta fe se ha consolidado con los años: ni las autoridades españolas ni las venezolanas, ni ningún hermano enfurecido, seguramente más por haberlo privado de su medio de vida que por verdadero amor a su hermana, han venido jamás a buscarme.

*

2

La lluvia sisea sobre la techumbre de esta choza a la que me he acostumbrado a fuerza de habitarla, aunque no por ello logro obviar su rusticidad: una hamaca que canjeé por un machete que hizo dichoso a un hombre, una mesa que fabriqué ya desvencijada para distraer el tedio y mitigar el exilio, un taburete no más firme de idéntico fin, una rama-perchero en la que reservo ropa con la esperanza del regreso, una leñera en un rincón, un estante para velas adosado con bejuco a una pared, una cacerola y un par de vasijas junto al fogón; el motor de la lancha cubierto con una lona, unas latas de gasolina, la escopeta siempre a mano, la reserva de munición a resguardo de la lluvia o de manos atrevidas.

Por la puerta veo la tierra que lenta se satura, y más allá la selva. Hace poco por allí mataron un jaguar que no soltaba a su presa; antes de morir el animal mascó las carnes de la vieja que había salido del *shabono* a orinar. Mujer y animal murieron abrazados como dos amantes abominables.

Me acomodo en el taburete que rechina, y sobre la mesa que también rechina escribo esto, que puede ser un diario, un relato, una confesión. Lo hago con el mismo ánimo con que podría dibujar palmeras árticas o elefantes que comen espárragos, o sea por ocupar las horas, que especialmente en esta época del año, la de lluvias, son demasiadas para estar con uno mismo. Tengo el convencimiento de escribir para el olvido, o para un lector que nunca me encontrará.

No olvido que soy, o fui, profesor de filosofía en un instituto de la provincia de Huelva; que de niño odié las monterías a las que me llevaba mi padre y ansié una moto, que de joven compré; que enterré a ese único padre que tuve y al único perro que jamás amaré; que quise a mi madre y deseé a una amiga suya; que admiré a un tío alegre y mujeriego y una noche de feria admiré más que un sobrino a mi tía Clara, que se contoneaba en su *faralá* y me dijo cuatro cosas por algo que le hice; que me enfrenté a dos oposiciones: una para entrar en el funcionariado y otra para escapar del garrote vil; que nunca he querido hacer daño y siento que no lo he hecho; que he tenido miedo, más que al castigo a la incompreensión.

² Río Mavaca en nuestra cartografía; afluente del Orinoco (N. del E.).

³ Serpiente venenosa: mapanare (*Bothrops lanceolatus*) (N. del E.).

Soy Antonio Rey, me digo, y he matado. El nombre se me impuso en el mismo instante de nacer; el acto, vaya uno a saber por qué vericuetos de sangre y generaciones llegó hasta mis manos. No me arrepiento de mis hechos, simplemente porque no puedo arrepentirme de lo que la vida hace a través de mí. Soy el que soy, como dijo Dios y podemos decir todos.

Se me puede quitar la vida, no se me puede quitar a Antonio Rey.

*

3

Este mediodía, antes de la lluvia, bajo un sol que no la presagiaba, fui a *Kakuruwë-teri*. La luz reverberaba en los charcos que había dejado el aguacero de la tarde anterior. Los hombres yacían en sus hamacas o iban de un sitio a otro, quizás procurando una actividad que justificara su existencia. Como de costumbre, no había ni una mujer, salvo las viejas y alguna que otra niña a su cuidado. Habrían ido a recoger leña para ponerla a secar, o a buscar agua al río, o a recoger fruta. Unos niños jugaban con sus arcos y flechas; entre ellos distinguí a Shoroíwë, el tercer hijo de Kaotawë. Me acerqué. Habían atado un lagarto azulenco a un palo clavado en la tierra. El animal, hostigado por gritos, patadas y flechas, se empeñaba en una desenfadada huida circular.

—¿Qué hacéis? —pregunté a Shoroíwë, a quien no le sorprende que hable su lengua como le había sorprendido que no la hablara.

—Cazamos —respondió seco como su padre.

Otro, que masticaba tabaco, mientras blandía la flecha en una mano y en la otra el arco, chilló una explicación de la que sólo entendí “*rama*”, o sea cacería.

El lagarto se detuvo, alzó la cabeza, sacó la lengua y husmeó el aire. Los cazadores se alborotaron. Uno lo azuzó con una punta del arco y el animal reanudó la carrera que activó las flechas. Una le amputó una pata trasera. Los niños rieron, saltaron, gritaron. El lagarto persistió en su huida, ahora torpe, y se hizo el silencio mientras los ojos se concentraban a lo largo del astil que tensaba la cuerda. La primera flecha le atravesó el cuerpo: el animal sacudió la cola y quedó inerte. El niño que la había arrojado corrió hacia su padre, que soltó una risa que vi pero no oí y con una mano le palmeó la cabeza. Por los ademanes comprendí que lo instaba a recoger su caza.

—Esta vez no ha podido ser —dije a Shoroíwë, que cabizbajo miraba su flecha aún en el arco.

Eché la cabeza hacia atrás para mirarme a la cara:

—¿Tú también cazas lagartos?

—Un amigo mío. Yo nunca pude. Un día cogió una lagartija en el parque, algo así como una selva chica en medio del *shabono*.

—¡Una selva en medio del *shabono*! —olvidó su frustración.

—Sí. Y la metió en una especie de cuenco con tapa.

—¿Y para qué está esa selva en medio del *shabono*?

—Está ahí, para andar a la sombra. Mi amigo me mostró la lagartija, y luego se la mostramos a otro amigo y después a otro; no se movía, pero sabíamos que estaba viva. Al final a uno, ¿sabes qué se le ocurrió?

—¿En esa selva? —y su boca quedó dispuesta al asombro.

—Antes de que muriera, la ató a una tabla, las patas extendidas, y la puso al sol para que se secara y poder guardarla, dijo.

—¿Y tu madre te dejaba ir solo a esa selva?

No tuve tiempo de contestar: salió a la carrera detrás de los otros; yo terminé de atravesar la plaza. Encontré a Kaotawë sentado en el suelo frente a su vivienda, la espalda contra su poste favorito. Como he aprendido, o sea sin nombrarla⁴, le pregunté por Rutema. Se sacó de la boca la bola de tabaco que chupaba:

⁴ Nombrar a los adultos es una falta de respeto y puede acarrear desgracias al nombrado (N. del E.).

—No está; ha ido en busca de frutas —respondió con claridad y volvió a acomodar la bola entre los dientes y los labios.

—Los niños se divierten —dije mientras señalaba a la bandada que cruzaba la plaza.

—Aprenden —y estiró una pierna al tiempo que reacomodaba la espalda.

—Siempre se aprende a costa de otros.

Levantó la vista hacia mí, los párpados entornados por el sol, y señaló el tocón, mi sitio desde que desapareció la desconfianza. Me senté y esperé que hablara. Masculló algo que no entendí y pedí que repitiera. Se sacó el tabaco:

—Todo es a costa de otros —alzó la voz como se hace ante un extranjero.

Callé ante la verdad lapidaria.

Desde su hamaca, en la que está postrado desde antes de mi llegada, nos llegó la tos del padre, una tos mucosa, larga. Esperé que Kaotawë fuera a atenderlo.

—Aquella ya debería tener otro marido —dijo sin moverse de su sitio a la vez que señalaba a una mujer que entraba con un *wii*⁵ de frutas a la espalda y se dirigía a la zona del *shabono* que yo no frecuentaba—. Joven, fuerte, hermosa, sola.

Indudablemente era joven y fuerte y estaba sola; pero la desnudez a pleno sol no me dejaba ver su hermosura. Se agachó y dejó el cesto en el suelo con una feminidad que desdecía su fortaleza. Después se sentó en la hamaca, se restregó una planta del pie con la otra para quitarse el polvo y se entregó a un reposo de hombre.

—A esa se le murió el marido la seca pasada ¿no? —pregunté mientras me levantaba para acariciar al guacamayo atado a su percha.

—Más de dos *huyas*⁶ la desean —evitó hablar del muerto cuando el guacamayo me tiraba un picotazo que pude esquivar—. Ella los rechaza. No debe rechazar, y si sigue así será un problema. Habrá más de un garrotazo entre los *huyas* para ver quién le da el garrotazo a ella.

—¿Y por qué no se lo han dado todavía? —ya me he acostumbrado a estos cotilleos de aldea.

—Porque no tiene padres que la obliguen y ella es mayor que el mayor de nuestros *huyas*. Le ha dicho a mi mujer que quiere un hombre de verdad. Pamplinas —vino a decir—, puras pamplinas. ¿Tú no quieres una mujer?

—Quiero un perro —dije, mientras el padre escupía una flema y el guacamayo volvía a garrir su mal humor.

—Ahí tienes muchos; llévate uno —y con un movimiento de la cabeza indicó todo el recinto.

—Están acostumbrados a vivir aquí; se volverían.

—Tendrás que esperar que para una perra. ¿Para qué quieres un perro?

La mujer del *wii* se incorporaba y miraba en nuestra dirección; adiviné sus ojos entrecerrados para vencer la distancia y la solana.

—Anoche soñé que un jaguar me devoraba, en mi propia choza —repuse y me volví a él para alejar de mi mente la imagen que comenzaba a turbarme.

—Eso es malo. Quizás aquella mujer te sirva; no estarías solo.

Su seriedad me hizo reír.

—También quiero cazabe —contesté, y él forzó la risa como relincho, que no le cuadra:

—Eso está bien, *napë*⁷ Toni. La comida antes que la mujer; porque si no hay comida tampoco hay mujer —aún reía cuando se puso en pie y echó a andar con su agilidad de cazador.

Fue al fondo del *shabono* y pude oír el ruido de cosas apartadas, incluso de cacerolas, que llegan de trueque en trueque sin que nadie sepa de dónde.

⁵ Cesto cilíndrico grande que se carga a la espalda y sostiene con una cinta a la frente; es utilizado especialmente para transportar frutas (N. del E.).

⁶ Hombres jóvenes no casados (N. del E.).

⁷ Todo aquél que no pertenece a su etnia (N. del E.).

En la plaza sonaron unos gritos de rabia: un hombre, garrote en alto, perseguía a un perro que apretaba un trozo de carne entre los dientes. Se dispararon varias carcajadas. El garrote cayó sobre el rabo del animal, que gañó y se escabulló abandonando el botín. La mañana recobró su perezosa.

Kaotawë regresó con un par de panecillos:

—Dile a mi mujer que te prepare una tarántula para acabar con esos sueños —y mientras me los alargaba quedó pendiente de otra mujer que entraba en ese momento.

—Esa también es joven, fuerte y hermosa; mira que pechos —dije con toda la sorna que pude en su idioma a la vez que cogía los panecillos, y su mano quedaba olvidada en el aire.

—Sí —afirmó entre dientes, la mano todavía en suspenso—. Y ya puede dar muchos hijos.

—Y seguramente también está sola.

—Con sus padres y hermanos. Y debería estar con un hombre.

—Habrá muchos garrotazos por ver quién le da el garrotazo —quise bromear.

—Debería estar con un hombre —repitió y dejó resbalar la espalda por el poste hasta hallar la postura en que lo había encontrado.

Sonreí con complicidad ante la faceta que me mostraba esa mañana, y él esbozó una sonrisa, gesto que le es más propio. Agradecí en español, como tantas veces, (tantas que él ya lo ha aprendido), rasqué el barro seco de los panecillos y, sin olvidar el “*ya kōō*”⁸ de rigor, enfilé hacia la salida. A mitad de la plaza comencé a tener la sensación de que me miraban. La viuda, pensé, que estaba en la hamaca. Sentí su mirada en mi costado, luego en la espalda; parecía seguir mis pasos. Aunque la desnudez pública ya no me repele, todavía no me seduce. Además no podía interesarme una mujer que interesaba a Kaotawë. Me ensimismé en los panecillos hasta que dejé el recinto.

*

4

Como una espontánea encarnación de la lluvia, en la puerta aparece Rutema; chorrea, pero no parece importarle. Sin mover más que la cabeza, como un pájaro, examina las formas que componen mi mundo, que conoce de sobra.

Dejé el lápiz dentro del cuaderno, que cerré, me acomodé en la hamaca y me limité a contemplarla. El agua goteaba desde sus pechos flácidos y oscurecía la tierra a sus pies. Esbozó una sonrisa que deslizó hacia arriba los palillos en las comisuras de los labios y acentuó las patas de gallo. Luego bajó la cabeza y dijo algo que no entendí.

—Mi marido —la alzó y repitió—, quiere otra mujer, más joven, que le dé hijos.

En otras ocasiones me había contado intimidades, pero ésta me quedaba grande, no por el hecho en sí sino por el protagonista. Esperé que se distrajera con cualquiera de las cosas que tanto la admiran, el taburete, el sombrero en la rama-perchero, la rama-escoba, el motor que no acaba de comprender; sobre todo las velas. Pero se concentró en mí.

—Tú eres *napë* —continuó—, pero entiendes mejor que cualquiera de *Kakuruwë-teri* —y se tocó el pecho como si señalara un dolor.

Se me acercó despacio. Como otras veces, sin siquiera plantearse si podía molestarme, metió una mano por el cuello de la camisa y con ingenua sensualidad comenzó a enredar los dedos en el vello.

—Te chifla mi pelo en el pecho —dije a su manera.

Hizo un gesto que semejava una sonrisa; los palillos volvieron a deslizarse hacia arriba. Recordé la tarántula que me había recomendado Kaotawë; sentí repulsión; callé.

—Le he dado muchos hijos —prosiguió con la misma lentitud con que movía los dedos.

—Los hijos ayudan a vivir —dije como había oído muchas veces en casa—, le dan sentido a la vida.

⁸ Expresión de “adiós” de quien regresa a su casa (N. del E.).

—Pero hacerlos mucho más —y soltó risita en la que entreví el doble sentido.

Se nos hizo una pausa de miradas que se apartaban y volvían a encontrarse. La lluvia murmuraba; en la puerta se enmarcaba la selva, verde en la cercanía, gris en la distancia, donde sube las laderas de unas sierras. Sentí el cobijo de la choza, la intimidad del fuego, la suavidad de la luz; esencias de un mundo al que no pertenezco y sin embargo en ese instante me cautivaban.

—Tú también necesitas una mujer —interrumpió mi éxtasis y comenzó a acariciarme el pecho con toda la mano—; ya llevas muchas lluvias aquí, desde que levantamos el *hikari*⁹ y el *shabono*, y nunca has estado con una mujer. Él y yo lo hablamos anoche, antes de que se fuera con Iwima.

—¿Iwima?

—Iwima. Ella —dijo, y noté que sus caricias querían bajar por el pecho—. Es joven, fuerte; hermosa; puede dar muchos hijos; y tiene hermanos¹⁰.

Calló, y, a la vez que se mordía la punta de la lengua, con la muñeca comenzó a empujar el botón que le impedía deslizar la mano hacia abajo. Lo desabotoné, luego el siguiente. La mano ya libre, su semblante resplandeció de satisfacción.

—Yo ya no puedo dar hijos. Pero aún estoy fuerte y puedo dar gustos —agregó entre dientes y lanzó una carcajada que no convenía ni a su voz ni a sus palabras.

Carraspeé y medio incorporé.

—En *Tokori-teri* —continuó sin advertir mi embarazo—, más allá del río y la sierra, hay una *napañoma*¹¹. Aunque no es de las nuestras tiene un hombre de los nuestros. Quizás tú quieras tener una mujer, aunque no sea *napañoma*, sino de las nuestras.

Sin dejar de manosearme el pecho levantó hacia mí los ojos serenos como su voz.

Se apartó entonces unos pasos, como para poder abarcarme con la mirada; libre de su mano, me recliné relajado. La lluvia arreció; miré el techo y a mi alrededor en busca de goteras. Cuando me volví Rutema había desaparecido. Ha nombrado a esa Iwima dos veces, pensé mientras miraba por la puerta.

*

5

Rutema ha vuelto a visitarme por cuarto día consecutivo. Hoy, a pesar de que yo estaba escribiendo en la hamaca y a pesar de su sigilo, no me sorprendió. Fiel a su hábito, apoyó una mano en cada jamba e inspeccionó la choza; ya satisfecha avanzó y se detuvo a un paso de mí. Me abrí la camisa para no entorpecer el capricho de sus caricias, a las que he decidido acostumbrarme, pero ella siguió en el sitio, las manos pegadas a los muslos, como dentro de unos bolsillos. Esperé. Retrocedió unos pasos y se sentó, la espalda reclinada contra el poste de la puerta, las piernas estiradas y juntas, obediente al decoro que aquí se exige. Sus labios hicieron esa mueca semejante a una sonrisa y se volvió al día que se agrisaba.

—Iwima es joven —dijo.

—No sé exactamente cuál es —me mostré desinteresado.

—Esa chiquitita flaquita de pechos así de grandes —sus manos ilustraron el tamaño a la vez que su boca hacía un mohín de asco.

—Hay muchas mujeres así. Por lo menos dos.

—La de nariz hundida y boca grande y risa de gallina clueca. Esa es Iwima, esa. A él le gusta; madre para sus hijos; otros; muchos; como debe ser, pero por las noches me quedo sola.

Sus muecas de repugnancia movían a risa, que reprimí no sin esfuerzo.

—¿Y por qué la nombras tanto?

—Tú eres *napë*. No puede pasarle nada.

⁹ Huerto junto al shabono en el que se cultivan frutos tropicales (N. del E.)

¹⁰ A mayor número de hermanos, mayor poder dentro del *shabono* (N. del E.)

¹¹ Mujer extranjera; femenino de *napë* (N. del E.)

—Pero a *él* no lo nombras; ni a tu hijo grande.

Se miró unos rasguños en las piernas como si se mirara una carrera en las medias, levantó luego sus ojos hacia mí y susurró:

—Nómbrame a mí —y ojos y palillos quedaron esperando.

Una trama de amantes infieles cruzó por mi mente. Pero aquí no era el caso: la tradición aprobaba, la mujer debía consentir.

—No me pasará nada —agregó con desdén—. Además, si a una la cogen los *hekuras*¹², mejor para la otra —y la carcajada que soltó sólo podía provenir de los fondos de la selva.

Se puso en pie de un salto, y en dos zancadas, que también desdecían su edad aparente, se plantó junto al estante. Sin dejar de mirarme, alargó una mano hacia las velas que jamás había tocado. Tanteó una, a punto estuvo de derribarla y tuvo que volverse a ella. La bajó con delicadeza, en sus ojos centelleando la dicha de un hallazgo, la dicha de una posesión que hasta ahora sólo ella se había negado.

Creo que fui generoso: le arranqué la vela de las manos, la encendí en el fuego y la puse en la mesa. Examinó la llama desde arriba, desde los lados, desde abajo; le acercó una mano que deseaba tocar, pero no la tocó, sino que con suavidad la apoyó en mi pecho.

—Para ti —dije.

No tuve que repetir: la cogió por el cabo, la apagó de un soplido y se la acercó a la cara; por un momento creí que iba a darle un lengüetazo. Me sonrió con todos sus dientes y palillos; luego me contempló desde dentro, los párpados entrecerrados como al borde de un beso.

—Yo también te voy a dar algo —susurró y me cogió de una mano.

A un lado de la choza obvió los senderos. Fui tras ella. Como otras veces en la selva apretada de las lluvias, me repugnó el rozar de las hojas y sus babas, me atosigó el arañar de los arbustos como uñas, me agobió la asfixia de la espesura sin salidas; uno a uno intenté esquivar los latigazos de las ramas que ella iba soltando. Cuando estaba a punto de suplicar que regresáramos, se detuvo en un calvero. Jamás habría entrado el sol allí, y las lianas, que trepaban a lo alto o colgaban hasta la hojarasca, estaban cubiertas de musgo y hedían más que en ninguna otra parte. Avanzamos despacio. Hacía un silencio de catedral sin feligreses. Me indicó que parara. Escudriñó los alrededores, olfateó el aire, tentó un árbol. Le dio la vuelta, se arrodilló ante un tronco que se desmenuzaba y comenzó a escarbar. Según se estiraba o encogía sus muslos y nalgas se movían hacia delante o hacia atrás, sus pechos se bamboleaban; la espalda recta, casi horizontal, recordaba su pasado animal. Con dos dedos en pinza extraía unas cosas que depositaba en la otra mano. Al cabo de un rato se volvió llena de júbilo, y en las manos unidas en forma de cuenco me mostró unos gusanos que se retorcían.

—Me encantan —dijo—. Y a ti también.

—Ya los he probado y no me gustan.

—Los habría hecho Iwima, que no sabe hacer ni compota de plátano.

Celebró su hipérbole con una carcajada y denigró a la tal Iwima durante todo el trayecto de regreso. Ya en la choza puso una cazuela en el fuego y echó en ella los gusanos, que se retorcieron aún más.

—Ya —dijo después de revolverlos con un palo (no quiso una cuchara).

Cogió uno entre pulgar e índice y me lo acercó a los labios a la vez que reforzaba el ofrecimiento con los ojos, unos ojos negros cuya belleza estaba descubriendo. Vacilé, abrí la boca y al cerrarla no pude evitar hacerlo sobre sus dedos; sabían a selva. Esbozó una sonrisa y despacio se llevó uno a la boca sin quitar de mí esos ojos recién descubiertos; las arrugas en sus comisuras los dignificaban, parecían hablar de una calidez atemporal; era la mujer de Kaotawë.

—A que te gustan —y su voz rompió el encantamiento.

—No puedo decir que no —balbuceé.

—¿Por qué?

¹² Pequeños espíritus humanoides designados con nombres de animales que los chamanes manipulan para hacer tanto el bien como el mal, curando a sus vecinos en el primer caso, devorando las almas de los enemigos en el segundo. Plural castellanizado (N. del E.)

—Son, no sé, delicados.

Deseé otro y abrí la boca; ella sonrió como una amante que sabe que ha gustado. Me miró de soslayo, de esa forma que sugiere. Con lentitud cogió otro gusano y lo posó en mi lengua demorando los dedos entre mis labios que se cerraban. Entornó los párpados, y entonces vi su duda. Suspiró, me sacudió el pelo a modo de caricia y salió con un grito.

Con un grito entró en cuanto abrí la puerta, me sacudió el pelo a modo de caricia, rubio como su padre pronto será un hombre, y siguió por el pasillo de caderas ajustadas, Concha.

—¿Y tu madre? —volvió hacia mí sus labios que deseaban.

—En la cocina —y allá llevó su cuerpo, que era madre y ansiaba ser amante.

—Rocío, hoy cumplo cuarenta, te habrás olvidado, y estoy tan dispuesta para la batalla como el primer día de guerra —apabullaba la sinuosidad de su espalda que desapareció en la puerta de la cocina.

—No escarmentas —se resignó la voz de mi madre.

—¿Ay los hombres! —suspiró, y hasta su aliento ya trastornaba mi sueño y mi vigilia, porque aunque no se dijera todos sabíamos que Concha hacía hijos sin marido.

—Ten cuidado, te puede oír Toni —oí el susurro de mi madre—. Está en esa edad, ya sabes.

—Pronto necesitará una mujer, tu hijo. Es guapo el mozo, ¿sabes?

Alentado por la confidencia y envalentonado por el deseo, una tarde de invierno me escondí en la luz mezquina de la plaza y sitié la iglesia. Al rato salió de oscuro. Titubeó unos segundos, como si olfateara el aire, hurgó en su bolso, lo cerró y echó a andar.

Fui tras ella. Sus pasos resonaban delante de los míos, que avanzaban sigilosos en espera del momento de saltar sobre ella, de desnudarla a dentelladas, de restregar mi carne contra su carne, de meter mi cuerpo de púber indeciso en su cuerpo de hembra fabulosa.

Cuando introducía la llave en la cerradura de su portal me vio por el rabillo del ojo. Sonrió y con el “pasa” de mis fantasías me indicó el camino que ya había hecho alguna vez de pequeño y muchas en el pensamiento desde que se me había revelado.

—Mi hijo está en Sevilla. ¿Te acuerdas de él? —dijo en el ascensor y sentí el poder de sus ojos—. Pronto será ingeniero, ¿sabes?

—Pasa— repitió ante su puerta.

Anticipé el delirio que estaba a punto de entregarme.

—Siéntate. En esa silla mismo.

Mientras acomodaba mis manos bajo los muslos, se lavó las suyas en un fuerte chorro de agua, se agachó a un cajón ciñendo la falda a su cuerpo, y sacó un paño. Se secó despacio; intuí que retardaba el momento que tanto deseábamos.

Me puso un vaso de agua por delante, retrocedió a la vez que se llevaba las manos atrás, a la altura de su cintura, y se reclinó sobre el filo de la encimera. Sus pechos se clavaron en mis ojos y no vi sus labios que decían:

—Me has seguido.

Mi corazón se saltó un latido.

Sus ojos repetían sus palabras; eran otros ojos. Tragué saliva, me cogí del vaso. Oí la puerta del ascensor, que empezó a alejarse. Me llevé el vaso de agua a la boca y mientras bebía sentí que el silencio me aplastaba.

De pronto sus ojos pestañearon y comenzó a ir de un lado a otro, al grifo, al frigo, a la alacena, y la cocina se llenó de palabras. Ese ruido humano me aterró (en realidad era un niño): de un golpe dejé el vaso sobre la mesa y salí a la carrera. Corrí inconsciente de las escaleras, de la ciudad, de mí mismo. Jadeaba cuando me detuve en la plaza. Había corrido cinco o seis calles. Creo que fue el comienzo de Antonio Rey, el Antonio Rey que alcanzó cierta notoriedad a pesar de la censura. Porque esa tarde noche de invierno en Huelva descubrí y aborrecí el deseo que se atiza, y luego se niega.

6

Estaba amaneciendo. Era ese momento en que el aire parece quebrarse y la luz se propaga haciendo las cosas que lo pueblan. Desde el sueño que se negaba a abandonarme, entre los cantos y aleteos de los pájaros que despertaban percibí un rumor de follaje; después una risita. Pensé, o soñé, que alguno de los de *Kakuruwë-teri* estaría buscando un lugar más apartado que de costumbre para evacuar, o que alguna pareja furtiva, por prolongar el placer del deseo, se habría acercado demasiado a mi reino. Busqué otra postura en la hamaca.

En el silencio que regresaba con el sueño, sonó el arrastrar de la puerta en la tierra, y en el umbral la voz de Rutema. Nunca había hecho tanto ruido.

—*Napë* —repitió.

Con desgana abrí los ojos. Nos contemplamos durante unos segundos antes de que volviera a hablar:

—Tú estás solo, muy solo. Y no debes estarlo. El hombre no debe estar solo, ni la mujer.

Iba directo al grano. Me refugié en mi sopor. Intenté imaginarme al calor de sus ojos y entre la suavidad de sus manos, pero una y otra vez se interponían sus pechos que colgaban. Los palillos de la boca serían un estorbo. Pero sobre todo estaba Kaotawë, colérico.

Bisbiseó algo, luego alzó un poco la voz:

—En *Kakuruwë-teri* una mujer te desea. Y no le importa que seas *napë*. Aunque teme a los otros, a los hombres, a las mujeres, al *shabori*¹³, a su castigo. Hay que protegerla.

Prolongué la somnolencia mientras urdía una vía de escape.

—Te ha deseado desde el día en que llegaste —y un crujidito de huesos delató su avance.

Me resumí su situación: Kaotawë, Iwima, sola, madura, deseo. Comprendí que pese a sus ojos y sus gusanos Rutema tenía el defecto, o la virtud, de no inspirarme ni para el amor ni para el asesinato.

En dos o tres pasos más estuvo junto a mí, se arrodilló y comenzó a acariciarme el pecho, a enredar sus dedos en el vello, a bajar su mano hasta mi vientre. Lo hacía con morosidad, con obvio goce y la convicción de hacer gozar. Me estremecí. Podía rechazarla de plano; pero no necesitaba enemistades, y menos aún la de una mujer despechada que olvidaría su bondad, si no la había olvidado ya, y sería capaz de la insidia más pérfida. Me impuse el deseo.

Se levantó y sin darme la espalda retrocedió despacio. Abocado a amarla, me concentré en lo atractivo que podía haber en ella, la mujer esencial. Ofrecía los misterios de otra raza, de otro tiempo, de lo oscuro. Pero salió. Estiré el cuello, agucé el oído: pisadas, cuchicheos, risitas. No estaba sola. Rutema y alguien tramaban algo. Eché una ojeada a la escopeta.

Gorjeó el tucán, silbó el *paruri*¹⁴, y en el silencio que siguió entró una mujer. Permaneció cerca de la puerta, una pierna apoyada con firmeza sostenía todo su peso, la otra, con levedad, manifestaba la corva; el guayuco inusual enaltecía su entrepierna. Sin una duda en los ojos posó su mirada en mí, y sin una duda en las piernas comenzó a acercárame, los palillos en las comisuras de los labios, los pechos jóvenes, la cadencia. Era una de las mujeres elogiadas por Kaotawë. Tragué saliva. Iwima; Rutema pretendía deshacerse de Iwima. Me estremecí. Se arrodilló a mi lado y recurrió a las mismas caricias que Rutema, pero no era Rutema. No pude no dejarme hacer. Me olvidé de mi mismo, bajé de la hamaca y me entregué a ese animal que no esperaba.

—Kuíma —dijo ya en pie y se señaló con una mano que tembló al oír su propio nombre.

Lo inesperado me apabulló y pedí que repitiera.

—Ku-í-ma.

Sé que resoplé de alivio mientras me dejaba caer en la hamaca.

—Eres toda la tierra y sus bestias, Kuíma —dije en español cuando salía y a pesar de no entender ni una palabra una sonrisa le cubrió la cara. Titubeó. Volvió a la hamaca, volvió a arrodillarse, volvió a

¹³ Chamán. (N. del E.)

¹⁴ Paují: especie de pavo salvaje (*Crax daubentoni*) (N. del E.)

estremecerme. El mundo a mi alrededor se hundió en un negro imposible, y luego en un rojo de calor agónico. A duras penas pude levantarme cuando ya se apartaba; me tambaleé tras ella, quise hablar; no pude.

Sin molestarse por el guayuco, salió. No se giró ni una vez. Desde la puerta observé su desnudez adentrarse en la senda y desaparecer tras el recodo.

Todavía no me he dormido y ya sueño con ella. Se me aparecen su desparpajo, su primitivismo, su disposición a dar y recibir todo en un acto, que, aun en la cotidianidad, es el más trascendente de nuestra existencia. Qué diferencia con las otras que he conocido.

Esther era una mujer civilizada. En cuanto nuestras miradas se cruzaron, apenas un instante, el tiempo suficiente para saber que existíamos y estábamos allí, intuí que en sus ojos nórdicos había algo más que una mirada, que al cabo desvió por el mesón cargado de humo y batir de palmas. Yo vacilé. En ese momento Paco me dio un codazo por encima de la barra:

—Vaya par de rubias tengo detrás; y no pueden con las gambas. ¡Al abordaje! —y se volvió hacia ellas—. Yo te enseño a pelarlas —dijo con toda su frescura mientras cogía una y se ponía manos a la obra.

La más alta y flaca soltó una risotada; la que sabía que yo estaba me miró con languidez. Sus ojos eran de un celeste cielo vespertino.

—Primero la cabeza y la cola ¿ves? —explicaba Paco—. Venga, Toni, ¿no sabías inglés?

Traduje como pude. La más alta y flaca me miró inquisitiva, pero al instante retomó la chacota, que le cuadraba.

—I don't speak English —fluyó de sus labios que la desdecían—. *She speaks English fluently.*

Esther esbozó una sonrisa mientras con disimulo intentaba estirar la minifalda.

—Las patas, el caparazón —seguía Paco como un maestro ajeno a nuestro intercambio de miradas—. Y ahora... se come —y la ofreció a la boca de la más alta y flaca, que simulando morderle un dedo confirmó la disposición que había anticipado la risa.

—Hombre español —dijo a trompicones y le puso una mano en el hombro—, mucho hombre.

—Typical *espanich*. ¿Te enseño, te enseño? —y la cogió por la cintura que se sacudió de las risotadas.

Le pregunté a Esther si eran estudiantes. Con una mueca indicó que no oía y se me acercó a la vez que daba otro estironcito a la falda.

—De literatura. Escandinava —dijo.

Apartó la vista; parecía que las palabras le costaban.

—¿Suecas? —interrumpí su alejamiento.

—No, danesas. De Copenhague.

En una nueva fracción de mutismo volvió a estirarse la falda.

—Kierkegaard —le dije al oído y mi nariz rozó su pelo.

Arqueó las cejas; noté su alegría.

—Swedenborg —me espoleó el éxito.

—Ah, no —y reprobó con el índice—. Ese era sueco.

—¿Seguro?

—Soy... voy a ser prof... —titubeó y se volvió a hacia la otra; su perfil era suave, aunque de barbilla un poco dura.

—Tu amiga y mi amigo no paran de reír —dije—. ¿Cómo se entenderán?

—Christine tiene gracia, y tu amigo también. ¿Cómo se llama?

—Paco. Y yo Toni.

Dijo su nombre y me ofreció una mano que contradecía el carácter de su barbilla.

Era tarde cuando salimos. Deambulamos por las calles de balcones y rejas que parecían esperar una serenata. Paco y Christine iban delante, ya unidos por los brazos y el deseo. Como si hubieran procurado la publicidad de la luz, bajo un farol se besaron.

—No te engañes —llamó Esther mi atención—. No hay noches como las noches de Sevilla.

—¡Una mujer de mundo!

—En realidad no —dudó—. He estado sólo en Londres, y en Oslo —su inglés sonaba a inglesa.

Dos hombres que pasaron detrás de sus esposas le miraron las piernas sin disimulo.

—Viajar es caro y hace falta tiempo —dije.

—Las vacaciones son para eso.

—Es verdad, está el tiempo, pero para un estudiante es caro —insistí.

Siguió en silencio; quizás se cuestionaba el progreso de Paco y su Christine. La mirada de los hombres que habían pasado llevó mi atención al resonar de sus tacones, y el resonar de sus tacones a sus piernas: sentí que me empequeñecía.

—El caballero mira las piernas de la señora —dijo en castellano de academia—. Muy español —retomó el inglés y me cogió por el brazo. Me di cuenta de que estaba a un palmo del cielo. La atracción del macho ibérico era verdad. Sonreí.

—¿De qué te ríes?

—Debemos de ser una pareja extraña, porque me sacas media cabeza y ni siquiera llevas tacones altos.

—Prerrogativa del norte. Además hay cosas más importantes —recalcó cada una de las últimas palabras.

—Sí, es verdad. Tú eres de las mías. Sólo te falta estudiar filosofía.

Ella carraspeó y miró al suelo. Comencé a desearla.

—La espuela en el piso —voceó Paco como para que se enterara todo el barrio de Santa Cruz; y más que traducir expliqué.

Cuando llegamos al piso, Paco y la flaca que ya no me parecía tan alta no se demoraron: apenas habíamos bebido medio vino que ya iban corredor adentro.

—¿Cómo se entenderán? —se cuestionó ahora Esther mientras trataba de alargar la falda que en el sofá se había reducido a guayuco.

—¡Qué importa! —y siguiendo el ejemplo de Paco le pasé un brazo por los hombros; su cuerpo se dejó recorrer. Se cogió fuerte a mi cuello como si temiera mi huida. Vibró, suspiró, y de repente se revolvió, se arrodilló y la falda de guayuco ascendió a fajín.

—No puedo —dijo, y dejó la mirada en la mesita llena de libros.

Me quedé sin siquiera pensamiento.

—No puedo —repitió.

—¿Que no puedes? ¡Ahora me dices que no puedes! ¡Será la tía! —se me olvidó el inglés; pero debe de haber entendido mis gestos, mi tono de voz, mi andar de un lado a otro por el salón golpeándome la palma de una mano con el puño de la otra, porque metió las manos entre los muslos y aclaró:

—Estoy en esos días.

Me detuve del otro lado de la mesa: en el semblante tan blanco, en las rodillas juntas sobre el sofá, en las manos unidas como para el rezo entre los muslos, en las bragas verdes, en los pies en los que se asentaban esas bragas verdes, entreví su fragilidad. Sentí ganas de estrangularla y gozarla allí mismo; se lo merecía. Tragué saliva; me impuse calma.

Fui a ella. Su cabeza quedó por encima de mi cintura. Alzó hacia mí los ojos. Se inclinó hacia delante y apoyó el mentón en la hebilla del cinto. Dudé unos segundos, le cogí la cara con ambas manos y mientras recapacitaba me fui agachando hasta que mi nariz rozó la suya:

—Perdóname, Esther, perdóname —susurré—. No sé qué me pasa, pero a veces no puedo controlarme; es una furia que no entiendo —nunca había sido tan sincero en mi vida. Quedé en suspenso al borde de sus labios.

Me pasó los brazos alrededor del cuello y se levantó al mismo tiempo que me hacía poner en pie. Entonces fui yo quien tuvo que alzar un poco la vista para encontrar sus ojos. Su rostro prometió una sonrisa que no llegó. Sentí que por el silencio se escurría el cielo y estuve a punto de abofetearla.

—Será mejor que me vaya —dijo.

Callé.

—No es culpa mía. No me mires así. Coincidencias —agregó mientras se calzaba.

Continué callado.

—Mañana o pasado. Lo más difícil es encontrarse; y eso ya lo hemos hecho.

La frase me ensimismó. Qué verdad había en ella.

—Quiero verte mañana mismo —reaccioné con firmeza.

Vacilé. Miró hacia el corredor.

—A las ocho en el mismo sitio.

—A las ocho en el mismo sitio —repetí.

Me besó la punta de los labios y se metió en el ascensor.

*

7

Desde el instante en que se marcha pienso en ella; durante las noches la hago sueño. Al despertar, a medida que éste se va convirtiendo en pensamiento, desde la hamaca atiendo a los sonidos del alba ansiando distinguir ése, apenas un movimiento del aire, que anticipa el arrastrar de la puerta y el rostro de flequillo que se asoma. A pesar del esfuerzo nunca la oigo. Entra despacio y sonrío. A veces me trae cazabe, a veces carne de tapir o armadillo; incluso plátanos. Como un ama de casa deja la comida sobre la mesa, y a medida que se me aproxima va transformándose en la mujer que lleva dentro. Nos enredamos hasta ser uno. Aunque diferentes, en el éxtasis de la vida nuestras sombras más ocultas nos igualan.

Hubo un estampido de pájaros, tiré el cuaderno y alargué la mano a la escopeta. Resoplé con alivio: por la senda venía Kaotawë. Hacía varios días, desde la entrada en escena de Kuíma, que no me visitaba. Lo seguía Eprewë, su segundo hijo, que arreaba a Sewë, el menor, cuya presencia explicaba el alboroto de las aves.

Gruñó un saludo, fue a la manguera, bebió agua y se echó un chorro por la cabeza, que luego sacudió con el entusiasmo de un perro. Cumplido el rito, se sentó junto a mí, la espalda contra la otra jamba de la puerta. Sewë, a los saltos, y Eprewë detrás de él entraron en la choza.

—En *Kakuruwë-teri* una perra pronto tendrá cría —dijo mientras se limpiaba las uñas con un palillo que recogió del suelo.

—Recuerda que quiero uno —dije, más atento a los ruidos del interior que a mis propias palabras.

—La perra ... —pero lo interrumpió el grito de Eprewë.

Ese niño no merecía la vida si su objetivo era angustiar a todo el mundo, pensé al volverme. Entre risas como hipo, Sewë saltaba y hacía cabriolas sobre la mesa que amenazaba ir al suelo; su hermano le tiraba manotazos que sólo aferraban el aire.

—¡Va a romperla! —se me escapó con ira.

Su padre dio un salto, lo bajó por un brazo y cuando parecía que iba a azotarlo lo mandó fuera con una palmadita en el trasero. Eprewë fue tras él; no tienen hermana ni abuela.

Como otras veces, Kaotawë constató la inseguridad de la mesa y como otras veces expresó su descontento con un bufido.

—Ya he visto una —dijo, seguramente sin recordar que se repetía—. Bahana abajo. En una casa de *napës* que llaman misión.

Al borde del claro, Eprewë forcejeaba con su hermano, que quería adentrarse en la espesura.

—Dos hombres y uno¹⁵ y dos mujeres y una niña. Buena gente.

Sewë se zafaba y desaparecía entre el follaje; Eprewë, detrás de él.

—Creen en un dios que llaman verdadero. No entiendo bien. Porque si no fuera verdadero no podrían creer en él —se rascó la tonsura—. Las mujeres son blancas y altas; diferentes a las nuestras. Deben estar

¹⁵ Antes de su occidentalización esta etnia contaba hasta dos; uno, dos, muchos (N. del E.).

incómodas tan cubiertas. Además parece que tienen poco que cubrir, no como las nuestras, que los tienen grandes para alimentar a sus hijos.

Cuando ya nos entregábamos al silencio de la espesura, preguntó si en mi tierra las mujeres también eran caprichosas. Murmuré un sí.

—¿Nunca ha venido un *napë* por aquí? —pregunté como otras veces.

Negó con la cabeza y prosiguió:

—Esas mujeres parecen mandar, en la casa, en el *hikari*, en todas partes. No está bien. Hay que tratarlas con palabras dulces pero también con el garrote, para que no olviden quién manda de verdad.

—Sí, una de cal y una de arena —dije en una mezcla de idiomas.

—¿Qué es eso?

—Algo así como unas veces garrote y otras miel

Soltó la risa como relincho y lo repitió varias veces; quizás ya pensaba en decirlo en el *shabono* como una verdad insoslayable, acaso una ley.

—Si te descuidas —siguió— te meten en problemas, con otro hombre, con otra mujer, hasta con el río.

Por enésima vez me preguntó si no había tenido una mujer en mi tierra y por enésima vez respondí “más de dos”.

—Dos está bien —dijo y miró pensativo hacia la espesura—. Muchos hijos. Pero más de dos son un problema. Por eso habrás tenido que venirte tan lejos.

Lo pensé unos segundos y al final dramaticé:

—Vine porque quieren matarme.

De haber visto un dragón los ojos no se le habrían abierto tanto.

—Sí —agregué—. Quieren matarme por una mujer. Sus hermanos.

—Los hermanos siempre son buenos, entienden; ellos también tienen mujer.

—Allí es diferente. Los hermanos sólo quieren que le des miel.

Miró a los lados, se rascó la tonsura y al final insinuó una sonrisa, pero su semblante siguió atónito.

Me levanté. Fui un par de veces de un lado a otro, y me explayé entonces en la huida llena de nombres que él no conocía y cosas que no podía imaginar. Intenté describir. Rió a mansalva cuando le dije que un edificio era como varios *shabonos* uno encima del otro; quedó perplejo al intentar concebir el llano sin un árbol, el río sin orillas. Entendió lo esencial, que me perseguían unos hermanos poseídos por *hekuras* malignos.

Sewë reapareció de entre el follaje; Eprewë detrás.

—Necesitas una mujer sin hermanos —dijo, quedó pensativo un instante y dio rienda suelta a su carcajada. Bien podría haber agregado que Kuíma no tenía hermanos, pero ni la mencionó. Me pregunto si habrá prometido a Rutema no decir nada, hacerse el ingenuo, como hacía Pepe, el amigo de mi padre, o mi padre mismo sobre los devaneos de Concha. En cuanto a mí, no quise preguntar por Iwima; era una confidencia de su mujer y no me convenía meterme en algo en lo que él no me había metido.

Se fue de pronto, como si hubiera consultado el reloj y llegara tarde a una reunión de empresa; Eprewë a empujones llevaba a su hermano.

Pienso en el perro del que me habló. Al principio será sólo un cachorro, pero es cuestión de paciencia. Llegará el día en que me proteja del jaguar, incluso de la *aroami*. Lo llamaré Cirenaico¹⁶, porque sabrá vivir, porque sabrá cuál es la esencia de la vida, porque será el perro más sabio de estos lugares. Y será fiero. Me encargaré de ello aunque no tenga más experiencia canina que aquel chucho que enterraron en el pueblo cuando yo no estaba.

*

¹⁶ Cirenaicos (de la ciudad de Cirene) se llamó a los integrantes de una de las escuelas socráticas. Aunque hubo varias tendencias, uno de los puntos en común entre ellas fue la identificación del bien con el placer inmediato, para llegar al cual las sensaciones primaban sobre la razón. Quizás Antonio Rey buscara en esta doctrina hedonista, mal interpretada en nuestra opinión, una justificación a su conducta. (N. del E.).